

FERNANDO MAÑÉ GARZÓN

Dr. Antonio L. Turnes

23 de julio de 2019

La Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina agradece a los familiares, discípulos y amigos que están presentes esta tarde para tributar un homenaje de recordación al Académico Dr. Fernando Mañé Garzón, una de las figuras de mayor relieve en la Historia de la Medicina nacional.

Este acto se desarrollará en tres partes. Una primera con tres exposiciones: la introducción que irá en seguida, y las evocaciones de los Doctores José Luis Díaz Rossello, que le acompañó largos años en el Servicio de Pediatría del Banco de Previsión Social, y Augusto Soiza Larrosa, nuestro miembro más antiguo e historiador de nuestra Sociedad. En una segunda parte podremos apreciar un video elaborado por el Dr. Juan Ignacio Gil y Pérez con el Lic. Luis Blau, que es una edición parcial de un reportaje más extenso que tal vez pueda disfrutarse en el futuro. Finalmente, en la tercera y última parte, siguiendo la tradición de nuestra Sociedad, aquellos asistentes que deseen referirse a la figura del homenajeado, tendremos mucho gusto en recibir sus reflexiones y comentarios.

Mañé Garzón es ampliamente conocido por lo que ha hecho en el campo de la Medicina, de la Clínica Pediátrica, de la Genética Clínica, de la Historia de la Ciencia y en la de la Medicina. Fue **uno de los últimos sabios que tuvo el país**, de un conocimiento enciclopédico y de una inquietud gigantesca por conocer y difundir hechos nuevos vinculados a nuestro ambiente

Mis primeros recuerdos de Mañé Garzón vienen de la década del '70, cuando él era Profesor Agregado en la Clínica de José María Portillo Olascoaga, en el viejo Hospital "Dr. Pedro Visca". Allí disfrutamos de sus magníficas clases magistrales, cuando aparecía con aquel gorro blanco que para la época era un vestigio de la antigua Facultad. Ya entonces, era todo un personaje.

Procedente de una **familia de amplia cultura, su vocación** por la Medicina fue promovida por su padre el cirujano Alberto Mañé Algorta y por la admiración a un tío médico, argentino y filántropo: Germán Segura Villademoros. Vivió varios períodos de su vida en París, donde su padre fue embajador, y años más tarde con su estadía de perfeccionamiento junto al maestro Robert Debré (1882-1978). Su amor por Francia fue permanente. Fueron sus **compañeros de generación** Raúl Praderi, Roberto Masliah, Juan Antonio De Boni, Héctor Rozada, Walter Espasandín. De su época estudiantil estuvo vinculado al **grupo de médicos libertarios** que integraban Carlos Alberto Gómez Haedo, Pablo Virgilio Carlevaro, Victoriano Rodríguez de Vecchi y Dante D'Ottone, grupo que reivindicó en el recuerdo hasta sus últimos años.

Es menos conocido que Mañé Garzón ha sido un **cultor de las Ciencias Naturales**, iniciándose muy joven en el Instituto de Ciencias Biológicas junto a Clemente Estable. Luego tuvo actuación como **Subdirector del Museo de Historia Natural**, trabajando junto a Garibaldi J. Devincenzi. Más tarde en la

vieja Facultad de Humanidades y Ciencias alcanzando la **Cátedra de Zoología Invertebrados, como Grado 5**, sucediendo a su admirado maestro Ergasto H. Cordero. En ambos sitios realizó importantes investigaciones y publicaciones específicas.

Enamorado de la Naturaleza, disfrutó tanto de su tiempo en el campo de Sarandí Grande, como acercándose a la costa oceánica en **Punta del Diablo**; o haciendo sus excursiones diarias al **Jardín Botánico** para encontrar un lugar de lectura apacible.

Gustador de la **poesía criolla** y amplio conocedor del mundo animal, enseñó a sus hijos a recitar los versos de Elías Regules y de José Hernández, tanto como a interiorizarse de la fertilidad de las mulitas.

En su constante pasión por investigar transmitió la inquietud por redescubrir los talentos de los **Presbíteros Doctores José Manuel Pérez Castellano y Dámaso Antonio Larrañaga**. Él publicó una de sus obras importantes dedicada al Glorioso Montevideano, como llamó a Pérez Castellano el gran Juan E. Pivel Devoto. Ambos referentes fueron los iniciadores de la ciencia en el Uruguay y a ellos dedicó Mañé Garzón su vitalidad creadora para plasmar obras fundamentales. Justamente historiadores uruguayos en 2015 en su obra de recuperación de la producción científica de Larrañaga, destacan y agradecen la visión de Mañé Garzón en la jerarquización de la obra de nuestro naturalista. Los manuscritos de esta obra estuvieron perdidos más de ciento cincuenta años, en repositorios argentinos, habiendo sido citados por Andrés Lamas en 1879.

Sembró el conocimiento y la preocupación, plasmada en obras fecundas, **rescatando a los personajes centrales de la Medicina vernácula**, con sus estudios sobre Pedro Visca el Fundador de la Clínica Médica en el Uruguay, o Teodoro Miguel Vilardebó, el primer médico uruguayo, Enrique M. Estrázulas, el primer pediatra uruguayo formado en Filadelfia; o El Cuarteto de Urgencia, con una magnífica historia del nacimiento de la Cirugía de Urgencia en nuestro país, entre muchos otros. Estimuló a muchos de sus discípulos y colaboradores a investigar en esa dirección a otras figuras señeras. Así pudieron concretarse publicaciones sobre El gringo de confianza (la actuación de Carl Brendel, un médico alemán en la segunda mitad del siglo XIX en Montevideo) o "No es para tanto, mi tío", la historia del Dr. Henrique Muñoz y su época, que hizo con Ángel Ayestarán; Américo Ricaldoni, que publicó junto a Eduardo Wilson, o las relativas a Juan Bautista Morelli, Francisco Antonino Vidal y Silva (el recordado "doctor Julepe"), José Máximo Carafí, nuestro primer decano oriental, o Carlos Nery el fundador de nuestra primera Escuela de Enfermería, con Ricardo Pou Ferrari; o el volumen titulado "Seis maestros" que publicó con Miguel A. Cherro Aguerre. O la Bibliografía de las publicaciones médicas uruguayas de los siglos XVIII y XIX realizado junto a Sandra Burgues Roca. Como en el tercer tomo de Médicos Uruguayos Ejemplares, donde en un trabajo semanal, durante tres años, reunimos cien biografías de médicos de los siglos XVIII al XX, completando la obra que había iniciado Horacio Gutiérrez Blanco y había quedado inconclusa durante más de diez años por la muerte de éste. En cada una de esas obras rescató valiosa documentación, diarios de vida así como ricas vivencias que forman parte de nuestra mejor tradición médica y patricia. O las memorias y

anécdotas que sembró en Memorabilia, o Clínica Viva, u Olvidos que atraviesan el recuerdo.

Su vocación docente fue más allá del límite de edad que prescriben los reglamentos de la Facultad de Medicina. Cuando se retiró de la Clínica Pediátrica como Grado 5, volcó toda su energía a desarrollar el Departamento de Historia de la Medicina. A través de los cursos anuales de Historia de la Medicina nacional y universal, y particularmente a través de los Seminarios, despertó la inquietud en estudiantes y egresados para ocuparse en descubrir y escribir la historia de las especialidades médicas en nuestro país, tarea por cierto que continúa hasta hoy, siguiendo esa semilla que él supo sembrar de forma constante.

Y en nuestra Sociedad Uruguaya de Historia de la Medicina, fue además de Presidente durante muchos períodos, y su Presidente de Honor, un animador permanente, acudiendo con sus trabajos y particularmente con sus enriquecedores comentarios, a fortalecer el conocimiento de lo nuestro.

No dejó espacio por recorrer y además de su nutrida bibliografía, dedicó tiempo a escribir para periódicos y revistas, rescatando memorias y haciendo justicieros homenajes, particularmente en los "Cuadernos de Marcha".

Su pasión por los libros y documentos le permitió atesorar una rica colección, cuyo crecimiento desplazó a los autos para convertir, en su hogar, los garajes en bibliotecas.

Fue hacedor e inspirador. Un auténtico guía, un verdadero Maestro.

Su misión fue **rescatar la producción nacional**, promoviendo la investigación de las fuentes locales antes de mirar al exterior. Y luchó contra el **colonialismo cultural, por eso bregó**, y debemos estar eternamente agradecidos por el camino que él señaló con amabilidad y firmeza ejemplares.

Portador de un espíritu renacentista, de una amplísima cultura humanista, conocedor como ninguno de los detalles que ornaban la vida y la muerte de los principales personajes, a veces llevados al mayor preciosismo. Porque todo lo había conocido con pasión y dedicación singulares. Manifestando en forma permanente un entusiasmo y lucidez juveniles, que le acompañaron hasta los últimos momentos.

Todo lo hizo con metodología, compromiso, optimismo y alegría. Su vida, pero especialmente su obra, forman ya parte de nuestra mejor historia. Por lo cual tenemos que decirle: ¡Gracias, Maestro!

Muchas gracias.